

Durante la Segunda Guerra Mundial, mientras esperaba, en París, ser canjeado por algún diplomático alemán retenido en Chile, Salvador Reyes solía repasar el itinerario de su vida. La dura e inhospitalaria superficie del presente —el doble exilio que representaba vivir en París bajo la ocupación alemana— lo forzaba, por un mecanismo de compensación imaginaria, a reconstruir, periódicamente, el espacio de sus años iniciales, hasta concluir un día que éste era el soporte último de su existencia.

Tiempo después, en sus *Andanzas por el Desierto de Atacama*, recordará esa radical experiencia. Solo en mi cuarto —decía—, en medio de las tinieblas de Europa, se erguía bruscamente ante mí una imagen del pasado, como la única realidad de mi existencia, como si todo lo vivido después no hubiese sido sino una alucinación (...). En aquellas horas de soledad perfecta, los únicos decorados que se me aparecían como reales eran los de mis años juveniles y que la nostalgia sólo me ataba a las tierras del Norte donde había iniciado mi aprendizaje emocional.

Estas palabras deben ser comprendidas en todo su relieve.

Ellas no sólo aportan una posible "clave" para la interpretación de la obra de Salvador Reyes, sino, asimismo, patentizan la efectiva indole de la relación del hombre con su tierra. La "realidad geográfica" del hombre —decía Eric Dardel hace unos años— suele ser siempre más vivida que expresada, pero la experiencia del exilio, al revelarla como ausencia o privación, descubre, asimismo, que su objetividad está siempre radicada en una subjetividad que no es una pura fantasía.

Esta relación es patente en la obra de Reyes.

Puede ser rastreada, sin ninguna dificultad material, desde *Barco Ebrío*, su primer libro, hasta su reciente obra dramática, *La Rendición de las Sirenas*, estrenada por Pedro de la Barra, este año, en Antofagasta. Se trata, en rigor, de una relación de fidelidad con la condición marítima de la realidad nacional. Condición marítima que, sin duda alguna, se ha cristalizado, preferentemente, en tres puertos, de diferente fortuna

histórica, a los que Salvador Reyes ha dedicado parte importante de su obra: Taltal, Antofagasta y Valparaíso.

EL PUERTO DEL "BRICK"

En el párrafo penúltimo de la dedicatoria de *Ruta de Sangre* se leen las siguientes líneas: *Al negro Juan, que tocaba el acordeón en un falucho de Taltal, y a todos los hombres de mar de los puertos salitreros*. Este negro Juan existió en la crónica real de Taltal, al igual que existió el Bude, ese bergantín que, medio desmantelado, encontró su último refugio en las aguas de la rada taltalina, e inspiró, años más tarde, una de las mejores "nouvelles" de Salvador Reyes: *El Tesoro del "Brick"*. Al igual que existieron el *matador de tiburones*, el mundo alucinado del salitre, el rumor planetario de Taltal.

Salvador Reyes es tenido, en Taltal, por *taltalino*.

Tienen razón porque su obra no ha abandonado las rutas de los *nitrates clippers*, manteniendo, de este modo, encendido el nombre em-

TOPOGRAFIA PORTUARIA DE SALVADOR REYES

Taltal - Antofagasta - Valparaíso

Telarañas de jarcias, laberintos de mástiles sonoros; frente a los puertos canta la nostalgia (...)

y las manos se alargan suplicantes hacia los barcos mágicos que zarpan.

BARCO EBRIÓ (1923)

Sólo los puertos saben escamotear la apariencia de las cosas y reemplazarla por realidades puras. Manteniendo entre ellos el intercambio de sus potencias, cada uno puede ofrecer los secretos de todos los otros, según el solicitante (...). Y así es posible, en un puerto cualquiera, con un poco de astucia y un poco de melancolía, respirar el olor de todos los otros y medir la desolación que los separa.

VALPARAISO, PUERTO DE NOSTALGIA (1947)

brujado del gran puerto salitrero de otrora. Pierre Mac Orlan, su amigo de tantos años, recordando en 1943 su encuentro con el escritor chileno, decía que este en-

cuentro había convertido a Saint-Cyr-sur-Morin —el amable pueblecito galo en que reside— en un puerto de escala entre Brest y Taltal.

Taltal —se lee en *El Tesoro del "Brick"*— era un puerto pequeño, pero en aquel tiempo, cuarenta o cincuenta veleros de alto bordo anclaban en su bahía. Eran tantos, que tenían que fondear en filas, como formando calles. La mayor parte eran clippers de las compañías Bordes, de Burdeos, y Laeisz, de Hamburgo. Los capitanes franceses y alemanes no sólo rivalizaban en la rapidez de sus viajes, sino que, además, mientras estaban en el puerto trataban de superarse en la presentación de sus finos veleros (...). Cada navío era la perfección y la pulcritud mismas. Entraban y salían con una gracia majestuosa y tranquila, altos y blancos...

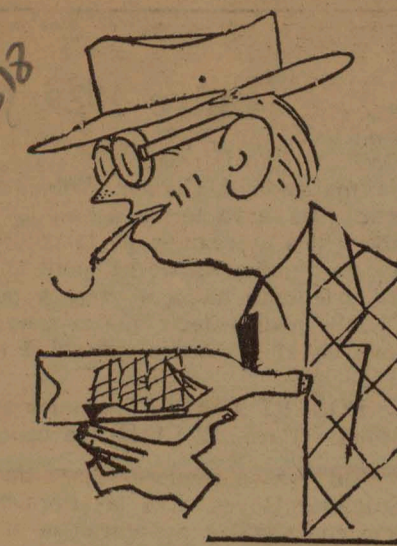
Eran los tiempos del salitre. El cosmopolitismo de Taltal había mezclado en complicada política los nombres de las grandes ciudades extranjeras y de los pueblos del desierto. Londres, Piquios, Burdeos, Pisagua, Hamburgo, Antofagasta, Cobia, Marsella, Aguas Blancas... Todos tenían el mismo olor de mar, de maletas de cuero fino, de tierra salitrosa, de tabaco rubio; olor de barco, de tren, de pintura, de humo. Olor de ausencia y de lejanía.

Este fue el mundo cosmopolita de Luis Adler, el matador de tiburones; de Perico Navas, su compañero de incursiones; de Chombito, el tripulante del Brick; del negro Juan. Este fue el mundo cosmopolita desvanecido, de pronto, cuando el mundo dejó de solicitar la riqueza de las pampas taltalinas.

Junto a la playa —léase en *El Matador de Tiburones*—, los almancenos ponían, en grandes letras, sonoros nombres ingleses y alemanes. La actividad bárbara y rica de las salitreras parecía palpar en esas letras.

El antiguo muelle de pasajeros —se constata en *Andanzas por el Desierto de Atacama*— ha desaparecido y ahora se utiliza otro que fue construido para cargar. ¿Se utiliza? Sólo algún pequeño barco llega de tarde en tarde. Hubo un tiempo en que...

Revisando, en compañía del autor de *El Matador de Tiburones*,



SALVADOR REYES

(De nuestro archivo. Suponemos que su autor es Romera)

el registro de visitas que se guarda en el Club de Taltal, comprendí mejor que nunca el horizonte efectivo de su obra: el mundo alucinado de los puertos salitreros. La "presencia" de toda la Tierra en cada uno de esos puertos que, cualquier día, abrigaban en sus raldas cuarenta o cincuenta clippers.

ANTOFAGASTA: SU CIUDAD

Prosiguiendo con esta sumaria e insuficiente topografía portuaria de Salvador Reyes, debemos recalcar en Antofagasta. Su obra sostiene con esta ciudad nortina una noble serie de relaciones. Esta le presta, desde luego, la audaz imaginaria de *Barco Ebrío*; ese horizonte indiciado por el laberinto de mástiles sonoros del poema "Evocación". La reencontramos, luego, en *Los Tripulantes de la Noche*, una de las tres novelas de la costa que publicó en 1934; en los cuentos *Las Banderas del Puerto* y *El Mensaje*, y, más recientemente, en la "nouvelle" *El Incendio del Astillero*.

En los fragmentos publicados de sus *Memorias*, como, asimismo, en *Andanzas por el Desierto de Atacama*, Salvador Reyes ha precisado de los numerosos vínculos biográficos que lo atan a Antofagasta. Esta es —ha dicho reiteradamente— su ciudad porque, además de estar íntimamente ligada a la peregrinación de su familia, fue en ella que transcurrieron los años decisivos de su *aprendizaje emocional*.

Mario Bonat, su compañero de correrías e inquietudes antofagastinas, ha recordado el esquivo perfil de aquellos años en que el oro blanco desparamaba, por la superficie del mundo, el enigma último que alienta en la voz Antofagasta. En *Antofagasta* —recuerda e indica Bonat— hay una calle que lleva el nombre de "Salvador Reyes" en memoria del abuelo de Salvador. Más tarde habrá un puerto, una playa, un muelle o un navío del mismo nombre, en homenaje al nieto, novelista del mar.

Antofagasta es, en rigor, su ciudad. No tengo —ha dicho Salvador Reyes en sus fragmentos de *Memorias*— ningún recuerdo anterior al del mar. Aunque nacido en Copiapó, como ya he contado, fui llevado tan pequeño a Antofagasta.

ta, que con la visión del mar adquiri la conciencia de existir (...). Vivir una infancia marítima es un privilegio. Pero el mar es aún más generoso: nos compensa de la veloz fuga del tiempo; sigue soplándonos su aliento de libertad y fantasía; sigue dándonos un impulso para ir cada vez más lejos, romper lo cotidiano, arriesgar la última esperanza (...). ¿A qué edad llegué a Antofagasta por la primera vez? Debe haber sido a los dos o tres años, por lo cual, cuando digo que esa es mi ciudad no miento.

Era el Antofagasta de las marinerías, de los cap-horniers.

Siendo muy niño —recuerda en *Andanzas por el Desierto de Atacama*—, yo pasaba largas horas en el muelle de Antofagasta viendo embarcarse a los marineros de los

nitrates clippers. Eran grandes diablitos que no evocaban la figura clásica del lobo de mar, sino por el cuchillo que llevaban en el cinturón (...). Llegaban al muelle borrachos (...). Tropezaban, se tambaleaban. Yo esperaba verlos caer al mar. Pero era inútil (...). Amontonados en la embarcación, riendo, maldiciendo, cantando, se alejaban hacia sus naves fondeadas lejos, más allá de la barra (...). Antes de abandonar la rada, las tripulaciones de los veleros entonaban grandes coros, acompañados de instrumentos y de toques de campana. A veces, en el aire tranquilo de la noche, la brisa del mar dispersaba esos cantos que nos dejaban una sensación de lejanía.

Ramón Gómez de la Serna —ese enorme RAMÓN— decía, alguna

vez, que la palabra "Antofagasta" le sonaba a título de fantasma real. ¿Qué decir? En 1894 se contaron, una vez, 117 veleros anclados en la bahía de Antofagasta. Tal vez el fantasma colectivo de sus tripulaciones se abraza, en el hueco de un mundo perdido, con el fantasma de los hombres de tierra adentro.

El nocturno marítimo de Antofagasta —dice el autor— está poblado de fantasmas. Unos tripulantes desaparecidas flotas de los nitrates clippers, otros van a bordo de los vapores caleteros de los steamers intercontinentales (...). Ahí va el salitrero millonario, allá, el bichicuman nacido para sufrir, más allá la misteriosa y cosmopolita bailarina, el cateador del

(PASA A LA VUELTA)

DOS POEMAS INEDITOS DE SALVADOR REYES

ESTAMPA NAVAL

Al Comandante Sargent

Viejo amigo, capitán de navío, que nunca desembarcaste completamente y que llegado el momento del retiro, te convertiste en comerciante especializado,

Estableciste tu boutique cerca del Sena y clavaste en el dintel un ancla dorada. En tus escaparates mostrabas grabados antiguos de clippers, de bricks y de airosas fragatas.

Conservaste la sotabarba y el corbatín negro, las manos en los bolsillos del chaquetón marino, tal como cuando paseabas por el puente vigilando el aparejo al impulso de los alisios.

En tu trastienda, revestida da lustrosas caobas y cobres relucientes, se respiraba la atmósfera de las antiguas cámaras de oficiales donde todo responde a una varonil ordenanza.

Eras silencioso. El viaje estaba en ti: en tus ojos, en toda tu figura tranquila. Mientras soñabas con tu ardiente juventud lejana, el Sena atravesaba tu cuerpo como en una pintura surrealista.

Veías caer la tarde en un estuario del Tonkin. A bordo de una vieja cañonera negra esperabas la hora de ir en busca de tu querida en una cabaña aplastada por la lluvia tibia.

Noches de calor, de hastío, de pestilencia en la jungla espesa; de placer sin alma. A veces una pipa de opio para remontar la corriente de aguas negras en que brillaban siniestras escamas.

Acorazados grises y rápidos como albatros se llevaron los últimos años de tu juventud. Rompías tu silencio sólo para dar órdenes mientras florecía de oro tu bocamanga azul.

¿Cuál de tus buques vino a encallar en el Sena, viejo amigo, capitán de navío? Te quedabas con frecuencia soñador y grave entre tus libros y tus grabados antiguos.

Ahora ya no estás ahí. Tu pequeña tienda tan mágica, tan reluciente como goleta holandesa, también partió. ¿Hacia dónde? Sin duda fue en busca del mar por la dulce corriente del Sena.

CAMILO MORI

Mira a través de cerrados postigos y ve la luz y todos sus matices; ve la sombra en torno a la soledad del hombre frente al mar.

ve la inquieta espera de la mujer junto a un ramo de flores, frente al espejo donde la noche empieza a izar desolados gallardetes.

Mira por una ventana abierta y el viento de Valparaíso mueve su mano fina y elegante de artista, como bandera naval sobre la tela.

Su mano, estrella transparente, riela en el mar creado por ella y agita un pañuelo de adios. Je pars ce soir même pour Montmartre

El barco zarpa.

Camilo extrae del bolsillo el retrato de un cerro porteño y lo contempla amorosamente. Después pinta. Todos los días pinta con el agua que rumorea en la proa de los transatlánticos, con el moho pegado desde hace tantos años en la puerta del rancho, con humos y fanales, con mujeres, gatos, manteles cuadriculados y viejos galpones modelados por el viento día a día. Finalmente Camilo deja el secreto de Valparaíso colgado de una cuerda con un calzón rojo puesto a secar en el infinito de la soledad.

Caer la noche y Camilo se asoma a su ventana de aire. Entonces un cometa de suave plumaje viene a posarse a su mano.

Todo el color gotea de su alma en regocijo y tristeza. Camilo Mori se pasea por caminos de rojos pesados, de azules tiernos y amarillos de mar. ¡Siempre el mar, siempre el mar!... Dominando las sutilezas de los tonos teje el mundo con su pincel. Es dueño del mundo; lo crea y lo destruye a su imagen y semejanza, por su voluntad de maravilloso artista meditabundo y solo, feliz y solo, frente al mar.

SALVADOR REYES

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Con la atribución del Premio Nacional de Literatura de este año a Salvador Reyes, se ha premiado, desde luego, a uno de los escritores más significativos, complejos e incitantes de las letras chilenas del siglo XX. Poeta, cuentista, novelista, cronista y, últimamente, dramaturgo, Salvador Reyes se destacó desde sus mocedades como un escritor audaz, despejado e impredecible. Reseñando *Barco Ebrío*, su primer libro, Fernando García Oldini lo llamó "millonario de imprevistas sugerencias".

Temas: razón.

La publicación de *Barco Ebrío* introdujo, en el cauto espacio literario nacional, una fecunda corriente renovadora e insurgente que, lamentablemente, algunos manualistas de las letras lograron congelar, durante algunos años, dentro del inocuo vocablo *imaginismo*. Esta corriente estaba, en verdad, emparentada no sólo con el *ultraísmo*, sino, asimismo, en su raíz, con la búsqueda, más o menos apremiante, de otra escritura que caracterizó, justamente, a toda la vanguardia durante los años veinte.

La fundación, a fines de estos años, de la revista *Letras*, sobre la cual Salvador Reyes ha dado, en los fragmentos publicados de sus *Memorias*, algunas rotundas precisiones, representó, asimismo, un vivo intento de situar la literatura chilena a la altura de los tiempos. *Letras* no fue, consecuentemente, un acto —puesto que una revista es siempre un acto— de proselitismo estético, sino, más bien, un acto de apertura de horizonte: un acto genuino de rebelión contra los conformismos, de este o aquel signo, en que se adormecían el grueso de los escritores chilenos.

Luis Alberto Sánchez percibió bien este gesto rebelde.

En efecto, después de recordar que *Letras* era, hacia 1930, el "pendón de avanzada", el crítico peruano añadía, en su carta-prólogo a *Piel Nocturna*, que a la literatura chilena le sobraba pureza. "Sus huasos —decía Sánchez— suelen ser huasos demasiado felices. Viven contentos de su hablar pintoresco, de sus costumbres, sin revelar el drama, pocas veces tan patente, de la enorme diferencia social chilena..."

Salvador Reyes se desentendió, desde sus primeros libros, de esa pureza que ahora podría llamarse buena conciencia, renunciando, consecuentemente, a la social e intelectual comodidad de sus fórmulas literarias. Para ello sólo tuvo que clavar sus ojos en el horizonte que la vida le había puesto por delante: en esos puertos salitreros en los que, hasta los veinte años, había transcurrido su existencia. La crisis no había definitivamente sellado el destino de ese "mundo", pero éste venía, desde 1914, irrealizándose gradualmente, hasta llegar, poco después de haber comenzado a escribir Salvador Reyes, a su casi total espectralización.

Esto es importante.

Algunos críticos, en particular los europeos, han señalado que, en la obra de Salvador Reyes, la *violencia* de sus

argumentos suele estar siempre matizada por una pronunciada nostalgia del relator. Esta observación no puede, sin duda alguna, generalizarse a toda la obra del autor, pero, por lo menos, resulta pertinente para las "nouvelles" reunidas, inicialmente, en *Tres Novelas de la Costa*, para dos de *El Incendio del Astillero*, para algunos de sus cuentos —vgr. *Las Banderas del Puerto*— e incluso, en cierto modo, para *Valparaíso, puerto de nostalgia*.

Esto no puede, sin embargo, extrañarnos. La *violencia* argumental de muchas de las obras de Salvador Reyes traduce, mediatizadamente, la *violencia* del "mundo" salitrero, dentro del cual el argumento de la vida retenía una fuerte dosis de la lucha originaria de la especie humana con la naturaleza. Luis Oyarzún, en su texto que ahora figura como prólogo a *Mónica Sanders*, reparaba que, en las últimas obras de Salvador Reyes, se había convertido en *motivo central* lo que, en las primeras, era sólo una reflexión *informulada*: "la desesperanza, el terror, el desamparo del hombre y su soledad en el seno de la naturaleza".

Quizá esto pueda explicarse porque el relator de las últimas obras de Salvador Reyes ha dejado de ser un relator *memorioso*. Ha dejado de ser aquel relator que, junto con relatarlos un "mundo", iba indicando, confidencialmente, la crónica dolorosa de su pérdida o irrealización.

No es éste el momento para adelantar una hipótesis general sobre la obra de Salvador Reyes. Esta obra, por su complejidad, puede ser, sin duda alguna, examinada desde perspectivas críticas diferentes, pero éstas deben afrontar, de una vez por todas, la *coherencia interna* de esta obra. Esta coherencia no puede ser, desde luego, descubierta cuando, de antemano, se la recubre con algunas de las más usuales *etiquetas* que, en último término, siempre resultan de una lectura e interpretación defectuosa de sus obras.

Baudelaire solía repetir que el azar no jugaba un papel esencial en la obra literaria. La moderna sociología de la novela está confirmándolo en nuestros días.

Cuando algunos críticos e historiadores de la literatura nacional se refieren a Salvador Reyes como al *novelista del mar*, están diciendo, sin duda alguna, una verdad, pero la están diciendo a medias, porque ser el novelista del mar es, en rigor, una realidad anfibia, que no puede, en modo alguno, estar fundamentada en el hecho que en las obras de Salvador Reyes se escuche, de pronto, el ronco ruido del oleaje. Si Salvador Reyes debió *inventar* el mar en nuestras letras fue porque algo, más o menos radical, lo estaba exigiendo en nuestra tierra.

Qué pueda ser este algo es algo que, por ahora, no diré. Prefiero dejarlo indicado, como un enigma, a los lectores de este gran escritor nacional —de este "gran novelista de clase internacional" (Paul Prist)— que acaba de recibir el Premio Nacional de Literatura de este año, no por haberlo buscado, sino, más bien, porque este premio lo andaba buscando a él, desde hacía muchos, tal vez muchísimos años.